

EL MATRIMONIO Y LA VIDA PRIVADA DE LUTERO

El año 1524, el vigésimo domingo después de Trinidad, Lutero se despojó de su vestido de fraile y empezó a usar la toga negra de catedrático, habiéndole regalado el paño el elector. Estaba sólo en el convento, por haberlo abandonado todos los frailes. Entonces muchos amigos, y particularmente su padre, le rogaron que contrajese matrimonio, una vez que lo había aconsejado a otros, mas algunos le disuadían por temor a las calumnias de los adversarios.

Fue una acción digna de ser puesta al lado de aquella de las tesis de Wittemberg, de la confesión pública en la Dieta de Worms y de la traducción de la Biblia en el castillo de Wartburg, la de Martín Lutero, cuando el 13 de Junio de 1525 casó con Catalina de Bora. No era él el primero de los hombres más importantes de la Reforma que a la predicación de la palabra añadían el propio ejemplo, para confirmar la verdad de que el matrimonio es una santa institución divina, y que la doctrina del celibato de los sacerdotes es un engaño del diablo (1ª. Timoteo, 4, 1-3). En Suiza, Ulrico Zuinglio y León Iudae vivían ya en matrimonio santo y bendito. En Strasburgo, Capitón había seguido el ejemplo de Butzer, y Matías Zelí se había casado con Catalina Schulz, la cual, bajo el nombre de Catalina Zelí, se ha hecho muy conocida como una de las mejores esposas de pastor. Y en Wittemberg mismo, los dos pastores Justo Jonas y Juan Bugenhagen, que Lutero convidó como testigos a su casamiento, estaban casados ya hacia años. Pero que ahora, en medio de un tiempo tan excitado por la guerra de los campesinos, el hombre más importante de la Reforma entrase en el matrimonio, significaba un cambio completo en la vida de los ministros de la palabra y una influencia profunda en la vida del pueblo entero; porque el matrimonio de Lutero no procedió, como calumniosamente y sin ninguna prueba dicen sus enemigos, del deseo de hacer más grata su vida privada. El matrimonio de Lutero fue un hecho con el cual quería él defender la Palabra y orden de Dios en contra de la ordenanza y desorden del Papa.

Ya su folleto A la nobleza cristiana de la nación alemana sobre el mejoramiento del estado cristiano, que escribió en 1520 contra Roma, era como el poderoso eco de la trompeta dirigido contra el celibato de los sacerdotes. También vemos -dice en el decimocuarto punto de queja- cómo ha decaído el clero y cómo algunos pobres curas, abrumados con mujer y niños, tienen gran remordimiento de conciencia, mientras ninguno cuida de ayudarles, aunque sería cosa fácil el hacerlo. Pues si el Papa y el obispo no hacen caso de esto, y más bien ayudan a perder lo que está perdido, yo quiero salvar mi conciencia y abrir con toda franqueza mi boca aunque disguste al Papa, al obispo o a otro cualquiera, y digo así: que según institución de Cristo y sus apóstoles, cada ciudad debe tener un cura u obispo, como Pablo claramente dice (Tito, 1, 6), y que este cura no está obligado a vivir sin mujer legítima, sino que pueda tener una como San Pablo escribe (1ª. Timoteo, 3, 2, y Tito, 1) diciendo: pues es necesario que el obispo sea irrepreensible, marido de una sola mujer, que tenga sus hijos en sujeción con toda honestidad. Porque un obispo y un cura es una misma cosa para San Pablo, como lo expresa también San Jerónimo.

En 1522, en su folleto Contra el estado del Papa y de los obispos que se consideran falsamente como clase sacerdotal, profundizaba más sus razones tomadas de las Sagradas Escrituras, como en la explicación de 1ª. Corintios, 7. Y cual defiende el matrimonio de sacerdotes; así también aboga por que los caballeros de la orden de San Juan tengan libertad para casarse, y las monjas para abandonar los monasterios. Nunca hombre alguno ha sido mejor armado para abrir brecha en el baluarte del papado, para exhibir el buen fundamento de una doctrina saludable, como él.

La Palabra de Dios y su buen sentido le asistían en la comprensión de la voluntad divina; y su clara inteligencia, su santa indignación y el incisivo sarcasmo que sabía manejar con acierto, todo le ayudaba para defender una cosa que la naturaleza y la revelación califican con igual vigor como buena. Podrá parecer algunas veces, como si en la lucha contra el error no se elevase a comprender el

matrimonio como institución divina y agradable a Dios, es decir, que insiste demasiado en que el sacerdote ha de casarse para no pecar, y no comprende aún bastante la vida santa y benéfica que se desarrolla por la familia. La culpa de esto la tiene Roma, porque había profanado con sus doctrinas esta institución divina. Sin embargo, es de maravillar cuán pronto un antiguo discípulo de Roma comprendió sólo por la Palabra de Dios la verdad principal.

Dice que el celibato clerical no es un estado sagrado, porque le falta la consagración de la conformidad con la Palabra de Dios, mientras el matrimonio que tiene esta conformidad es por lo mismo en verdad un estado sagrado; y da precisamente en el blanco, cuando pone en contraposición, por una parte, los pecados abominables con los cuales puede un sacerdote quedar en su estado sacerdotal, y por otra la santa y divina institución del matrimonio que, según la doctrina romana, destruye el sacerdocio: Ningún pecado y vergüenza, por grande que sea ni por muchas veces que sea practicado en todo el mundo, les impide ser y hacerse sacerdotes con la sola excepción del santo matrimonio, al cual ellos mismos llaman y confiesan ser un sacramento e institución divina. Y esta única institución divina no puede ser armonizada con el sacerdocio. Especialmente afirma que para el celibato no hace falta la fe, mientras el matrimonio promueve la fe y todas las virtudes cristianas. Mirad los clérigos que hasta ahora han gozado de tanta fama de santidad, y veréis ante todo que están bien dotados con todo lo que les hace falta para las necesidades de la vida; que tienen comida, vestido, casa y dinero segurísimo y con toda abundancia, por el trabajo y el sudor de otros ganado y entregado; de manera que por todo esto no tienen cuidado ninguno ni quieren tenerlo: en suma, la fe en este estado no tiene lugar, ni sitio, ni tempo, ni obra, ni práctica. Porque ellos están sentados en medio de su hacienda con todo sosiego y seguridad, y no hay allí sustancia rerum sperandarum, confianza de los bienes que no se ven, que es la esencia de la fe (Hebreos 11, 1), sino certitudo rerum possessarum, seguridad completa de los bienes presentes. Pero si tomas mujer y te casas, entonces es tu primer cuidado de qué has de alimentarte a ti, a tu mujer y a tus hijos, y esto dura por toda tu vida; de manera que el estado casado tiene de sí mismo esta condición, que enseña y nos mueve a mirar la mano y la gracia de Dios, y así nos obliga a creer. Y también vemos que donde falta la fe en el estado de matrimonio allí es la existencia pobre y miserable, llena de cuidados y quejas y trabajos. De esto se ve, por lo tanto, que la misma naturaleza del estado casado es la que mueve y obliga y empuja al hombre para entrar en la facultad más espiritual, más interior y más elevada, es decir, la fe, porque no hay ciencia más elevada y más interior que la fe, porque ésta se adhiere solamente a la Palabra de Dios, y queda desnuda y privada de todo lo que no es Palabra divina.

Por cinco años había reivindicado ya Lutero al matrimonio su derecho natural como santo e instituido por Dios; pero todavía él mismo no pensaba en casarse, aunque la incomodidad de su vida privada le hubiera podido mover a ello. Todavía seguía viviendo en su convento solo con el que antes era su superior. Nadie le asistía en esta celda monástica; muchas veces se echaba por la noche fatigado del trabajo sobre una cama que ninguna mano amable le había preparado. Sólo con los amigos tenía de vez en cuando un rato de expansión. Bastante le han calumniado sus enemigos porque bebía con los otros doctores cerveza y tocaba el laúd; pero todavía se resistía a entrar en el estado matrimonial, aunque pocos tenían un corazón tan bien dispuesto para los afectos de la familia como Lutero.

En la conclusión de su tratado de los monasterios y los votos eclesiásticos había dicho a sus adversarios, con aquella sana ironía que le era propia: Aquí los corazones castos, los santos sacerdotes a quienes nada agrada sino lo que ellos mismos dicen o hablan, abrirán su boca y gritarán: -¡Oh!, cómo le oprime a este fraile su hábito y cuánto desea tener mujer!- Pero deja que calumnien los santones y corazones castos, deja que sean de hierro o de piedra como ellos mismos se figuran; pero tú no niegues que eres hombre, que tienes carne y sangre, y deja que luego Dios juzgue entre estos héroes fuertes y angélicos y el pobre pecador; no me quisiera yo parecer a tales corazones; lo sentiría en el alma y que Dios en su gracia me guarde de ello.

Pero aunque no sentía gran inclinación al matrimonio, ya se había declarado en su favor, y la confesión ha de ser perfecta -dice en sus discursos- confesión por palabra y hecho: porque antes de tomar una mujer ya había yo resuelto conmigo mismo de honrar el estado del matrimonio, y si de repente hubiera caído mortalmente enfermo, me hubiera hecho casar con una doncella piadosa, dándole dos copas de plata como dote.

Vivía entonces en Wittemberg una doncella de noble cuna, Catalina de Bora, que hacia diez años había entrado en el convento de Nimptschen; pero a consecuencia del movimiento de la Reforma había sido libertada de él con ocho compañeras, y vivía hacia dos años en la casa del secretario del Ayuntamiento, Reinchenbach; aquélla fue la que eligió por su mujer. Los enemigos ya acechaban este paso del Reformador, y hasta sus mismos amigos lo estaban temiendo.

Si este fraile se casa -dijo su amigo Jerónimo Schurf-, todo el mundo y hasta el mismo diablo se echarán a reír de escarnio, y su obra iniciada se perderá. Mas esta palabra produjo en Lutero el efecto contrario. Valerosamente se levantó, diciendo: Precisamente por esto lo voy a hacer, para burla del mundo y del diablo, y alegría de mi anciano padre. Y de una vez puso fin a las calumnias de los enemigos y a los temores de los amigos. El mismo dice: Sí yo no hubiese verificado mi casamiento de repente, silenciosamente, y sólo con conocimiento de pocos, todos lo hubieran impedido; porque mis mejores amigos hubieran gritado: Esa no; esta otra.

En la tarde del 13 de junio de 1525 invitó a su casa a una cena a Lucas Kranach, el célebre pintor, uno de los más importantes ciudadanos, consejero y secretario del Ayuntamiento, y a su esposa; al doctor Apell, catedrático muy estimado y afamado de cánones, que se había convertido a la fe evangélica, y además a los primeros pastores de la ciudad, Justo Jonás, párroco, y Juan Bugenhagen, y ante estos testigos casó con Catalina. Quince días más tarde, el 27 del mismo mes, celebró una fiesta mayor y pública, convidando para ella a muchos hombres importantes, sobre todo, por el deseo de la presencia de sus padres, que aún vivían. No hay duda de que Lutero quiso, por una parte, evitar ruido innecesario, y por otra parte, con los testigos tan importantes que había convidado, sellar su matrimonio con el sello de una legitimidad perfecta. No era la belleza de su Catalina la que le había movido al casamiento; sus retratos nos presentan una mujer de una constitución sana y fuerte y facciones vivas e inteligentes, aunque de nariz un poco irregular y pómulos algo salientes; no era un amor fantástico el que le había movido; era la seguridad de que su matrimonio contribuiría al adelanto de la obra de la Reforma, a la renovación de las costumbres, según la Palabra de Dios.

Así se fundó la casa doméstica del pastor evangélico, y desde entonces, la familia del pastor, el ministro de la Palabra y su esposa, los padres y los hijos, amos y criados, huéspedes y hospedados, han ofrecido en la Iglesia cristiana cuadros mil que regocijan a los ángeles; y no hay en ella, como en la casa del cura romano, la falsamente llamada espiritualidad con que se mortificaban un Jerónimo y un Agustín, un Benedicto y un Francisco, con sufrimientos secretos, ni tampoco esa carnalidad desenfrenada en que caen tan fácilmente los que se quieren considerar santos; no hay la soledad tétrica del sacerdote severo, ni la compañía licenciosa del sacerdote liviano. Todo lo que una casa de un cristiano debe encerrar de la paz de Dios y de la bondad humana se encontraba en la casa del pastor evangélico. La cristiandad debe ser como un cuerpo cuya cabeza es Cristo y cuyos miembros se han de ayudar mutuamente para que crezca todo él con una salud perfecta. Se altera la salud del cuerpo si un miembro se desarrolla demasiado y quita el jugo a los demás. Hasta el tiempo de la Reforma en la cristiandad se había desarrollado demasiado el sacerdocio en su propio perjuicio y en perjuicio de la familia y el Estado, que también son órdenes instituidos por Dios. Desde el momento en que Lutero restableció los límites del estado de los pastores, según la Palabra de Dios, desde entonces la familia y las autoridades recobraron también su posición evangélica.

Con este enlace se separó el Reformador completa y definitivamente de las instituciones papales, animando a las almas ansiosas y débiles a seguir su ejemplo, y a renunciar para siempre a los

errores papistas.

Se culpa a la Reforma de haber profanado el sacerdocio, y los romanos no quieren considerar a los pastores de la Iglesia Evangélica como ministros de Dios; pero en realidad la Reforma ha enseñado lo que estaba ya olvidado: el fundamento sólido del sacerdocio de todos los fieles, en el cual se funda el ministerio especial de los ministros de la Palabra. Vindicando así el sacerdocio general a todos los creyentes, no ha quitado importancia por eso al ministerio que predica la reconciliación con Dios, y que administra la Palabra divina y los sacramentos, pues ensalza a la vez la dignidad del ministerio de la predicación como de un cargo u orden establecido por Dios. Pero este oficio en sí no da a los predicadores ningún carácter diferente al que deben tener todos los creyentes a quienes Jesucristo ha hecho reyes y sacerdotes ante Dios y su Padre.

Por el matrimonio de los pastores éstos empezaban a enseñar ya no sólo de palabra, sino también por el ejemplo, lo que debe ser una casa cristiana; ningún cura podía decir con una conciencia tan tranquila y alegre lo que dice Martín Lutero a su esposa: La mayor gracia y don de Dios es tener una mujer piadosa y amable, a la que puedas confiar todos tus bienes y lo que tienes, hasta tu cuerpo y tu vida, engendrando hijos con ella. Catalina, tienes un esposo piadoso y que te ama; tú eres una emperatriz, y yo doy gracias a Dios. Y un sacerdote que no es padre, no puede decir como Lutero: ¡Oh buen Dios! ¡Cómo le palparía el corazón a Abraham cuando debió sacrificar a su hijo único y muy amado Isaac! ¡Con qué pena caminaría al monte Moriah! No diría a Sara nada de ello. Entonces Catalina replicó: No puedo yo comprender cómo Dios podía exigir cosa tan cruel de un padre. Y contestó el Dr. Lutero: Querida Catalina, ¿no puedes creer que Dios ha hecho morir a su único Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, por nosotros, aunque nada había en el cielo y en la tierra que amara tanto como él...? Abraham debió creer que había una resurrección de los muertos, porque antes ya tenía la promesa de que de la simiente de Isaac saldría el Mesías del mundo. Otra vez, ensalzando el matrimonio como un estado feliz, dice: ¡Ay! ¡Cuánto deseaba yo ver a los míos cuando estaba en Schmalkalda enfermo de muerte! No pensaba volver a ver a mi esposa y a mis hijitos, y ¡cuánto sentía esta separación! Pero ahora, siendo restablecido por la gracia de Dios, los amo aún más. Y ninguno hay tan espiritual que no sienta este afecto y amor innato y natural, porque el enlace y comunión ente hombre y mujer, es una cosa grande.

Mucha importancia da también a la obediencia de los hijos y de los criados en la casa. Como él estaba en aptitud de juzgar las obras de los frailes y monjas, siempre ensalza las obras verdaderamente buenas y la sencillez de la obediencia a la Palabra de Dios: ¡Que vengan con todas sus obras grandes, difíciles y meritorias, a ver si pueden nombrar una que sea más noble y grande que el obedecer al padre y a la madre! Se burla de los que inventaron las obras que se dice hizo el Señor Jesús cuando niño: En esto está dicho todo: obedeció a sus padres. No eran aquellas obras las que nos cuentan los evangélicos apócrifos que hacía en su niñez pajaritos y otros animalitos; tampoco eran las obras de los conventos, pues ¿qué es lo que hacía? Hacía precisamente lo que necesitaba el padre y la madre: traía agua, leña, bebida y comida; pan, carne, etc; cuidaba de la casa y otras cosas por el estilo, como otro niño cualquiera. Estas cosas ha hecho el querido Jesús, y todos los niños que quieran imitarle y ser piadosos, deberán decir: No soy digno de tener la honra de poder imitar al Niño Jesús, haciendo lo que ha hecho mi Señor Cristo. Si El ha recogido la leña, y hecho todo lo que le han mandado sus padres, ¡qué buen niño seré si sigo su ejemplo!

Y como las obras de la obediencia filial, alaba también la obediencia de los criados. Si una pobre criada dice: Ahora hago la cama, barro la habitación, hago el quehacer de la casa, ¿quién me lo ha mandado? ¿Mi amo o mi ama? ¿Quién les ha dado tal poder sobre mí? Dios. Entonces es verdad que sirvo, no sólo a ellos, sino a Dios en el cielo, y que así agrado a Dios. ¿Cómo podía yo ser más feliz? Porque es lo mismo que si guisara para Dios.

La obra gigantesca que Lutero tenía que hacer para la cristiandad, no perjudicó a su deber para

con sus domésticos; a la oración diaria añadía él en el domingo un discurso en casa: Estas predicaciones —escribe él en su prólogo a sus oraciones domésticas— he hecho de vez en cuando en mi casa y ante mis criados, para hacer como padre de familia lo que era de mi parte, a fin de que los criados fuesen enseñados y viviesen cristianamente. Así lo hacían los patriarcas en sus casas y con sus criados; y cuando leemos que Abraham, Isaac y Jacob edificaron altares y predicaban, allí también vendrían los vecinos de las aldeas cercanas; porque el patriarca no haría un altar para si solo, sino que irían con él su mujer, hijos, criados y criadas, y orarían como él les enseñaba.

No olvidaba el tener cuidado especial de las almas de los suyos. Habiendo amonestado una vez a su Catalina a que leyese diligentemente las Sagradas Escrituras, especialmente el salterio, ella contestó: Ya oigo y leo bastante. Entonces Lutero lanzó un suspiro y la reprendió por estar ya cansada, y le advirtió que tuviese cuidado de no caer en fastidio de la Palabra de Dios, creyendo saber ya todo, y, sin embargo, entendiendo tanto de ella como un ganso. Y cuando otra vez, en el año 1535, estaba ella afanosa en sus quehaceres, porque era mujer muy económica y trabajadora, él le prometió cincuenta florines si quería comenzar a leer toda la Biblia seguida y acabarla antes de las Pascuas. A todos sus criados los alentaba a leer la Palabra de Dios y a aprender bien los Evangelios, cánticos y catecismos. Y cuando los niños y los criados debían decirle su catecismo y se cortaban, entonces le recordaba el último juicio, en que todos hemos de dar cuenta franca y abiertamente.

Una historia vamos aún a referir para probar de qué influencia ha sido para toda la cristiandad el restablecimiento del sagrado y divino orden del matrimonio en la casa de los pastores evangélicos.

Era en marzo de 1530. El príncipe elector había hecho venir los teólogos a Torgau, para que concertasen los artículos de la confesión que habían de presentar en la Dieta de Augsburgo. La política no se presentaba favorable a la Reforma, y especialmente Melanchton, sobre el cual pesaba la mayor parte del trabajo, se sentía triste y fatigado. Una vez, volviendo a su habitación, encontró allí las mujeres del párroco y de los dos capellanes con sus hijos. Algunos estaban mamando, otros mayorcitos ya recitaban su catecismo y sus oraciones. Melanchton, escuchando la voz balbuciente de los niños, se acuerda del texto del Salmista: Por boca de los niños y de los que maman, fundaste tu fuerza a causa de tus enemigos. Especialmente le conmovió el cuadro de la mujer de un capellán que daba de mamar a su niño, escuchaba la oración de otro y preparaba la cena para su marido. ¡Ay, qué obra tan santa y agradable a Dios! -exclama Melanchton-, y se vuelve a los otros teólogos con rostro alegre y confiado. Lutero le pregunta qué era lo que le había cambiado tan de repente, y él contesta: ¡Oh señores míos! No debemos perder el ánimo, porque acabo de ver a los que lucharán por nosotros, que nos protegerán y que serán y nos harán invencibles contra todos los poderes del mundo. Lutero preguntó quiénes eran estos valientes héroes, y Felipe contesta: Son las mujeres y niños de nuestro párroco y de los capellanes, cuya oración he escuchado: hasta ahora el fiel Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo no ha despreciado esta su oración. Esto dio a los teólogos gran alegría y confianza, tanto que perseveraron firmes en la verdad y dieron con valentía su testimonio evangélico.

Pero volvamos a Lutero.

El matrimonio fue hasta el fin muy feliz. Catalina merecía, tanto por su inteligencia y discreción, como por su piedad y amabilidad, la estimación cumplida y el cariño del Reformador. Cuando, un año más tarde, escribía a un amigo, que Dios le había concedido un hijo el 7 de julio de 1526, añadió: Te saluda Catalina, mi esposa, y te da las gracias de haberla honrado con carta tan cariñosa. Está bien (gracias a Dios), es complaciente, obediente y graciosa en todo más de lo que yo podía esperar, a Dios sean dadas las gracias; de suerte que no quisiera cambiar mi pobreza con los tesoros de Creso. Su amor hacia ella no fue como fogata de virutas, sino el producto sagrado de un corazón rico en los sentimientos humanos más tiernos y profundos. Tenemos aún hoy día muchas cartas que Lutero escribió a su esposa, en las que la apellida con los nombres más lisonjeros y jocosos, aun tratando de cosas grandes lo mismo que pequeñas; y siempre, ya hablase en serio o jocosamente, le

muestra la más profunda estimación y cariño.

Es verdad que no faltaron algunas pequeñas disensiones; ¿qué cielo hay que no tenga nubes?; mas no por causas graves. Lutero era excesivamente generoso para con los pobres, a la vez que no tenía mucho salario. Cuando un pobre le pedía socorro, le daba hasta su último escudo, su misma copa de plata, y un día dio hasta el regalo del padrino a su mujer; de todo se deshacía de buena voluntad. En cierta ocasión, después de buscar por mucho rato algo que dar, encontró un escudo que contenía el retrato de Joaquín, y exclamó alegremente: ¡Hola! Sal, Joaquín, Jesucristo está a la puerta y te necesita. Esta generosidad pareció muchas veces exagerada a su económica esposa, que le hizo varios reproches blandamente; mas por fin se acomodó a un honesto pasar, según la voluntad de su marido.

Algunas veces llama Lutero a su Catalina su Señor y su Moisés Catalino; otra vez la recomienda a un huésped de Inglaterra como maestra en la elocuencia alemana; y si en ocasiones se desbordaba la corriente de aquella elocuencia, solía preguntarle si había olvidado el orar el Padrenuestro antes de un discurso tan largo. Lutero sabía muy bien hacer respetar aquella Palabra de Dios: El marido es la cabeza de la mujer. Y por cierto que ella no turbaba la paz doméstica; ella valía más a sus ojos que el reino de Francia y el señorío de Venecia; y cuatro años antes de su muerte da testimonio en su testamento de que ella, como esposa piadosa, fiel y honrada, siempre le había amado, reverenciado, estimado y cuidado bien.

Muchas veces Lutero rehusaba regalos de sus amigos, hasta del mismo elector. Los libreros le ofrecieron darle hasta cuatrocientos duros anuales por la edición de sus libros; mas él no lo aceptó, diciendo que no quería vender los dotes que había recibido de Dios. Todas sus lecciones eran gratuitas.

Lutero tuvo de su Catalina seis hijos, de los cuales dos murieron muy niños. El primogénito se llamó Juan; murió ya doctor en Derecho, en 1575, en Koenigsberg. La segunda era Isabel, que murió cuando tenía sólo ocho meses. La tercera, Magdalena, que llegó hasta los quince años. El cuarto, Martín, muerto en 1565. El quinto, Pablo, médico de cámara de diferentes príncipes, murió en 1593. La sexta, Margarita, casada con el Sr. de Kunheim, y murió en 1570.

En el trato con sus hijos manifestó Lutero su corazón fiel, cariñoso e infantil hasta el encanto. Era un padre ejemplar, educaba a sus hijos con benigna clemencia y mansedumbre, en disciplina y amonestación cristiana, y lo mismo que interpretaba el Evangelio al pueblo tan claramente que todos podían palparlo, sabía despertar en sus hijos el amor hacia su Salvador de una manera dulce y digna. No tiene igual la carta que escribió en el año 1530 a su hijo Juanito, de cuatro años; es el lenguaje más ingenioso de poesía infantil. Dice así:

Gracia y paz en Cristo Jesús, mi muy querido hijito. Veo con mucha alegría que estudias diligentemente y oras con amor. Hazlo así sin cesar. Cuando yo vuelva a esa, te llevaré cositas muy lindas. ¡Y escucha! Sé de un jardín muy bonito y precioso, por el cual andan muchos niños. Tienen vestidos dorados; recogen sabrosas manzanas, cerezas, peras y ciruelas de debajo de los árboles; cantan y corren; en una palabra, se divierten muchísimo. Tienen también caballitos con bridas de oro y sillas de plata. Y cuando pregunté al Señor, dueño de aquel jardín, quiénes eran aquellos niños, me contestó: Son los niños a quienes gusta estudiar, orar y ser piadosos. Y yo le dije: Querido Señor, tengoun niño llamado Juanito; ¿no podría también venir a este jardín para comer estas exquisitas frutas, montar en estos preciosos caballitos y jugar con estos niños? Entonces el Señor me respondió: Si le gusta orar, si es bueno y aplicado, no hay inconveniente en que venga: además puede traerse a Felipe y Justo, y recibirán desde luego pitos, tambores, ballestas para tirar; también podrán cantar y bailar. Y entonces me enseñó en aquel jardín una pradera magnífica, preparada para la danza, donde había pitos de oro, tambores y ballestas de plata.

Pero como era todavía muy de mañana, y los niños estaban sin almorzar, no pude esperar a la danza, y así dije a aquel Señor: Querido Señor, voy a escribir a mi hijito para que ore mucho, sea

aplicado y piadoso, a fin de que pueda entrar en este jardín. Pero tiene una tía muy querida; ésta debe acompañarle.

Y él me dijo: Sea así, ve y díselo. Pues, querido Juanito; te encargo que seas aplicado y ores con amor; dilo a Felipe y Justo también, para que podáis ir juntos al jardín con esto te encomiendo en las manos del Dios Todopoderoso; saluda a tu tía Magdalena y recibe un abrazo de tu querido padre.-MARTIN LUTERO.

Mas al lado de esta benignidad y espíritu infantil, nunca olvidó Lutero la gravedad necesaria para con sus niños. Si cometían faltas, también sabía imponerles castigos, y ninguno de sus niños le causó pesadumbres. Todos llegaron a ser hombres honrados.

Así podemos formar una idea del cuadro bellísimo que se presentaría en la antigua casa de Wittemberg: el padre sentado junto con su Catalina, con sus niños alrededor, contándoles leyendas serias y jocosas, o cantando con ellos un himno de alabanzas a Dios; o en la Natividad, cuando el niño Jesús traía sus regalos, y Juanito y Pablito y Martín, Rita y Luisa saltaban alrededor del árbol de Navidad, espléndidamente iluminado, llenando el cuarto de voces de alegría. ¡Qué contento y dicha sentirían entonces los padres Martín y Catalina! ¡Cómo resplandecería en su rostro la alegría de los niños! Toda la vida doméstica de Lutero, prueba aquel dicho de un célebre sabio, que Lutero, con su cabeza tocaba al cielo, a la vez que sus pies estaban en la tierra. Lutero no era melancólico o místico; estando seguro de una vez para siempre de su salvación, y habiendo logrado la libertad verdadera que sabe usar del mundo sin abusos, disfrutó de los placeres inocentes de la tierra, sin escrúpulos de ningún género; siendo puro él, todas sus obras eran puras.

El mismo dijo: Dejemos a los frailes mudos y contumaces mirar su tristeza y silencio como santidad y culto; alegrarse es pecado si es obra del diablo; mas alegrarse con hombres honrados y piadosos en el temor de Dios, en modestia y honestidad, complace a Dios, porque El mismo ha mandado que nos alegremos delante de El, y no le gustan ofrendas tristes. Estando en casa le gustaba, después de haber pasado la mayor parte del tiempo estudiando en su despacho, tener en la mesa una agradable reunión para la distracción necesaria. A menudo él mismo dirigía la conversación, sabiendo divertir y dar expansión a sus huéspedes, uniendo maravillosamente lo serio con lo joso. Sus amigos han coleccionado anécdotas y chistes pronunciados en tales ocasiones, que andan impresos bajo el título de Conversaciones de mesa del Dr. Lutero. Es verdad que en alguna ocasión Lutero no era todo lo escrupuloso que debiera en escoger sus frases; mas querer calumniarle por esto como lo han hecho muchos, tratando de atacarle en la comida y junto al vaso de cerveza, por no poderle vencer en las Dietas y en el púlpito, es manifiesta injusticia. Además, hay que tener en cuenta que el lenguaje familiar hace trescientos años era muy diferente al de hoy, tenía algo de duro; pero en lo demás, era franco y leal.

También buscaba a veces Lutero su recreo en la naturaleza libre. No lejos de Wittemberg hay un pozo rodeado de encinas y tilos, que hoy día se apellida aún la fuente de Lutero. Allí iba muchas veces, acompañado de su familia y amigos; y en tales ocasiones, recordaba la fuente de Jacob en Sichar, y la conversación que allí tuvo Jesús con la Samaritana. Encontraba también placer especial en sus jardines, de los cuales tenía varios fuera de las puertas de la ciudad. La mayor parte los cultivaba por sí mismo; y así escribía un día a su amigo Spalatin: He cuidado mi jardín y arreglado mi pozo, y todo ha ido bien; ven a verme y te obsequiaré con rosas y azucenas. Si Dios me conserva la vida, voy a salir jardinero. Y en otra ocasión: El mundo no conoce ni a Dios su Criador, ni a sus criaturas. ¡Ah! Si Adán no hubiese pecado, ¡cómo reconocería el hombre a Dios en sí mismo; pero lo reconocería, alabaría y amaría también en todas sus criaturas; de tal suerte, que en la más pequeña flor hubiera considerado y visto la omnipotencia, sabiduría y bondad divinas! Ahora estamos en la aurora de la vida que ha de venir porque volvemos a lograr el conocimiento de las criaturas que perdimos por la caída de Adán; ahora miramos las criaturas bien y mejor que en el papismo, principiando por la gracia de Dios a reconocer

sus magnificas obras y maravillas, aun en las florecitas; en ellas vemos el poder de su palabra; ¡qué poderosa es cuando El dijo y todo fue hecho! Disfrutando así de la naturaleza con su ingenio contemplativo, la creación era para él una revelación divina de lo invisible y lo espiritual. Así, comparaba la Biblia a un hermoso bosque, en el cual no había ningún árbol que no llevara frutas de oro.

En una hermosa tarde de primavera (1541), entre sentimientos mezclados de gozo y ansiedad, como algunas veces nos sorprenden en la estación deliciosa de mayo, dijo a Justo Jonás: Si el pecado y la muerte fueran quitados de en medio, ya podríamos contentarnos con tal paraíso; mas será mucho más delicioso cuando este viejo mundo sea renovado enteramente, y principie la primavera eterna que ha de permanecer para siempre. Cuando el mal tiempo le impedía buscar con los suyos solaz y diversión en la naturaleza, libre después del estudio, apelaba a otras diversiones domésticas; sabía jugar al ajedrez, y a veces hacía trabajos de tornero; mas su placer favorito era la música. Rodeado de sus amigos y de sus niños cantaba los primeros himnos evangélicos. No pocas horas amenas -nos dice el maestro de capilla del elector, Juan Walther- he pasado junto con él cantando, y a menudo veía que con el canto el espíritu de este grande hombre se ponía tan alegre, que no podía contenerse, ni se cansaba de cantar. El mismo ha compuesto la música para los Evangelios y Epístolas, y me la ha cantado pidiendo mi parecer; una vez me detuvo por tres semanas enteras en Wittemberg hasta cantarse la primera misa evangélica en la iglesia parroquial. Por fuerza me hizo asistir y llevarla luego a Torgau para presentarla al elector. Durante y después de la comida- nos refiere Mathesio-, el doctor cantaba algunas veces; también sabía tocar el laúd; yo le he acompañado con frecuencia, y entre los cánticos insertaba buenos sermones. Teniendo una vez, en Adviento de 1538, en su casa buenos cantores que ejecutaban hermosas composiciones, exclamó conmovido: "Cuando nuestro buen Dios derrama tan magníficos goces en esta vida, ¿qué será en aquella vida eterna? Aquí tenemos sólo un principio."

Antes hemos ya mencionado los magníficos frutos que reportó la Iglesia evangélica de esta afición de Lutero a la música. En el preámbulo a la mencionada colección de himnos espirituales y salmos dice: que eran compuestos a cuatro voces, porque quería que los jóvenes, debiendo ser educados en la música lo mismo que en otras buenas artes, tuviesen alguna cosa con qué sustituir las cosas y cantares licenciosos, reemplazándolos con canciones de provecho, para aprender de esta suerte lo bueno de buena gana, como corresponde a la juventud. Ojalá que se hubieran cumplido estos deseos en todas partes.

Con todo, no le faltó en casa a nuestro Lutero la cruz doméstica; él mismo pasó varias veces por graves enfermedades, pero el golpe más fuerte que sufrió, fue la muerte de su querida Magdalena, que expiró en los brazos de su padre, orando, el 20 de octubre de 1542, a la edad de catorce años; mas, como fiel discípulo del Salvador, llevó esta cruz con resignación y sacrificó al Señor, aunque con pena, lo más querido que poseía. La amo de corazón -dijo orando al lado de su cama-; mas, Dios mío, si es tu voluntad, si tú quieres tomarla, también me será grato verla unida contigo en el cielo. A su pregunta: -Magdalena, hijita mía, ¿quieres quedarte aquí con tu padre, o también te gustará irte al Padre de arriba? -contestó la moribunda: -Sí, sí, padre de mi alma, como Dios lo quiera.- ¡Oh, Lena mía querida, qué bien estás ahora -dijo al lado de su ataúd-; tú resucitarás y brillarás como una estrella, como el mismo sol! Sí; estoy alegre según el espíritu; mas según la carne, estoy muy afligido: la carne no quiere consentirlo, la separación le duele a uno sobremanera. Después del entierro dijo: Ahora mi hija está bien guardada, tanto de cuerpo como de alma; nosotros, cristianos, no tenemos nada de qué quejarnos, sabiendo que así ha de ser; estamos segurísimos de la vida eterna: Dios, que nos la ha prometido por su Hijo, no puede mentir. Si mi hija, volviendo a la vida, me trajera un reino, no la querría; ella ha ido bien; bienaventurados los muertos que mueren en el Señor; el que muere así tiene asegurada la vida eterna. Esta oración nos trae a la memoria la del piadoso Job: El Señor lo ha dado, el Señor lo ha quitado; sea alabado el nombre del Señor.